

Michela MARZANO, *Le contrat de la défiance*, Grasset, París, 2010.

En un reciente libro, la filósofa francoitaliana Michela Marzano profundiza desde una perspectiva filosófica en el concepto de «confianza», con la finalidad de demostrar que, a pesar del triunfo de la ideología neoliberal —según la cual vivimos en sociedades fundadas sobre la confianza—, nuestras sociedades actuales no se fundan *stricto sensu* en ello, sino que, más bien, lo hacen en la desconfianza.

Este análisis la lleva a cuestionar ciertos patrones de nuestras sociedades actuales, en las cuales se acepta que las relaciones humanas deben acabar formalizadas por la mediación de un contrato. De lo que se deriva que, en último término, las sociedades supuestamente liberales, intentando generar la confianza la excluyen, al introducir las garantías del Derecho en todas relaciones humanas. Formalización que, a su juicio, excluye de las mismas la incertidumbre inherente a las relaciones fundadas en la confianza. Para demostrar sus tesis, analiza los estrechos vínculos que existen entre la confianza, la confidencia, el crédito, la credulidad, la fe y la fidelidad.

Su exploración del término y de sus implicaciones parte de la definición etimológica de «confianza» (que, como ella indica, proviene del latín *confidere* y está formado por el prefijo «con», a saber, «juntos» o «con» y de «fidere», de donde se deriva en castellano el verbo «fiar»). Desde tal análisis conceptual, sostiene que el verbo «confiar», en principio, se refiere al acto de «dar algo precioso a alguien, abandonándolo a su bondad». Tras la exploración semántica, mantiene que la confianza, a diferencia de los contratos, nos sitúa frente a algo que es al mismo tiempo «fundamental» y «peligroso» para con nosotros mismos que, al tiempo, sería un elemento fundamental de todas las relaciones sociales, en la medida en que éstas deben fundamentarse en vínculos de confianza; lo que implica cierto peligro para el que confía, en tanto que la confianza no puede fundamentarse en una valoración de certidumbres, sino en la incertidumbre que sobrevuela las relaciones fundadas en la confianza. Incertidumbre que surge

del riesgo de que la persona en la que se deposita no esté a la altura o porque, simplemente, la traicione de manera deliberada. En este sentido, la traición, según Marzano, estaría ligada a la potencialidad humana, en la medida en que el ser humano no puede renunciar a la complejidad de sus deseos, que son, en la mayoría de los casos, determinantes a la hora de actuar y que, algunos, contradicen los compromisos para con los otros.

De esta manera, cuestiona las supuestas relaciones de confianza sobre las que se fundan ciertas teorías liberales. Cuestionamiento que comienza por el estudio, de una manera que podríamos calificar de arqueológica, de la presente crisis financiera. A partir de ésta, profundiza desde la filosofía en el proceso por el cual el dinero de los Estados ha pasado a fundamentarse en la posesión de metales preciosos —a saber, de oro y plata— para relacionarse con la confianza en las posibilidades de pago de deuda de los mismos.

Empieza, por tanto, realizando una distinción entre la confianza y el crédito, atendiendo a sus analogías. Según la filósofa, en los tiempos de la Roma Clásica, «tener crédito» o «dar crédito» implicaban algo bastante alejado de los usos actuales. Para los romanos de la Antigüedad, tales expresiones pretendían significar que cuando una persona disponía de cierto crédito, lo que se pretendía señalar era que, en realidad, esa persona era de confianza. Por ende, en el origen, la confianza en el sentido de crédito no se vinculaba de manera expresa a los intercambios, sino que, más bien, significaba dar confianza a esa persona.

Sin embargo, el sentido original va dejando paso al sentido que conocemos en la actualidad en continuidad con los discursos que legitiman las actuales circunstancias. Uno de los hitos de este traspaso de significación, para Marzano, proviene del influjo de las teorías individualistas de las que nace el liberalismo moderno. Por ello, al interesarse por los orígenes de tales teorías, que ella reconoce en la confluencia en las obras de Adam Smith, del empirismo, sobre todo de Hume y de las teorías de los moralistas franceses, tales como La Rochefoucauld, sostiene que éstas terminan por anular el sentido anterior de la confianza, para dar mayor preeminencia a los valores individualistas, cuya persecución, según tales teóricos, garantizaría el bien común.

En lo que se refiere a su sentido en relación con las entidades políticas, el crédito comienza a tomar un valor central desde que se inicia a fundar el valor de la moneda sobre la confianza en la solvencia de los Estados, ya que a partir de ese momento la credibilidad en un Estado tendrá una vinculación directa con el valor de su moneda, siendo éste, a juicio de Marzano, uno de los rasgos más característicos de la modernidad. Para ella, este paso se produce en paralelo, en cierta medida, de lo que será la sociedad del espectáculo, esto es, de aquella en la que la información y su conversión en espectáculo devendrán unas de las formas de creación de valor, lo cual se enlaza claramente con la confianza, o con una visión de la confianza que se aleja de los que la filósofa entiende por tal.

En este tipo de sociedades, para que un objeto, en particular, la moneda de un país, tenga valor se debe tener la convicción de que las informaciones recibidas son exactas y completas, lo cual dota de excesivo poder a los agentes que crean tales informaciones que, además, no siempre son verídicas y muchas veces resultan contradictorias, por lo que nos empujan hacia la desconfianza. Por ello, sostiene que esta confianza de la que hablan los economistas neoliberales no se puede entender en términos de confianza, en tanto que no se funda sobre la cooperación, sino más bien en principios egoístas, es decir, si imbricamos el sentido liberal de la búsqueda del interés propio con la creación de la competencia de los neoliberales, no podemos pensar que tales teorías pretendan facilitar la cooperación, sino que, al contrario, lo que en realidad generan son recelos para con las informaciones y los actores que las generan.

Su estudio sobre la confianza nos pone también en guardia frente a la credulidad excesiva, para ello explora los posibles problemas que plantearía una sociedad transparente en la que todo fuese visible. Entre otros ejemplos, señala el de los políticos profesionales, dando cuenta de los peligros inherentes a entremezclar la vida pública con la vida privada. En la anulación de la barrera entre ambos planos sociales que supone la sociedad transparente, Marzano ve una cierta semejanza con el fascismo italiano. Recordemos, como ella misma indica en un libro anterior sobre

el fascismo, que una de las labores de esa ideología totalitaria es la de controlar de manera estatal la totalidad de la vida de los hombres y mujeres. Por ello, en una sociedad como ésta, la confianza quedaría anulada por poderes similares a los del panóptico benthaniano, debido a que se actuaría, no ya en función de las relaciones de confianza entre varios actores, sino, más bien, por el miedo a ser observados y condenados. Por tanto, el mito de las bondades de la sociedad transparente, de la que muchos liberales o, incluso, libertarios —como, por ejemplo, el filósofo tunecino Pierre Levy— abogan, no serían tales bondades, sino una forma de totalitarismo, en el que la confianza no tendría cabida, debido al influjo de la desconfianza que provoca el hecho de poder ser vigilados constantemente.

En lo que corresponde a la fe, indica que ésta implicaría un olvido de sí mismo en virtud de potencia superiores, ya sean teológicas o mercantiles. De ahí que la fe no podría tampoco, a su juicio, vincularse con las relaciones de confianza en el sentido de que de que la fe, implica dar un «salto al abismo» con los ojos vendados. Mientras que, al contrario, la confianza nacería de una relación, que sin fundarse exclusivamente sobre valores epistémicos, sí que pretende cuestionar la fiabilidad de los otros, es decir, en las relaciones de confianza no se debe olvidar nunca tomar en cuenta el funcionamiento de la sociedad en su vinculación con la complejidad humana, es decir, con la ya nombrada posibilidad de traición.

Al tiempo, la fe ciega, ya sea en entidades trascendentes o immanentes, es comparada en este texto con la visión limitada, es decir, eliminaría de la visión todo el abanico de posibilidades al limitarla a posiciones meramente pasivas, lo que supone una interpretación selectiva de los hechos desde el prisma de la inactividad. De ahí que la fe no pueda tampoco instaurar una verdadera relación de confianza, en la medida en que se instaure en el olvido de sí mismos, por lo tanto, el hecho de participar juntos, del que da cuenta su sentido etimológico, se dejaría de lado en lo concerniente a la fe.

A su análisis de la confianza tampoco se le escapa el adagio del management contemporáneo. A saber, su fundamento individualista según el cual el éxito se alcanza a partir de la confianza en



uno mismo que, en último término, no es más que un dispositivo disciplinario, que cae por sí mismo cuando se piensa en que sus implicaciones no van más allá de no mostrar los signos de debilidad a los otros. Tales premisas supondrían, para Marzano, no una ética basada en la autonomía, sino una ética fundada en el reconocimiento de los otros, por lo que, en último término, se puede identificar con una moral heterónoma, en la medida en que las acciones que darían cuenta de la confianza en sí implicarían, en cierto sentido, actuar en función de los otros y no en función de uno mismo, sobre quien en este contexto debería recaer la confianza.

Por todo ello, la filósofa señala que la sociedad atomizada del presente es el resultado de una sociedad fundada sobre la desconfianza. En ella se da un lugar excesivamente central a las formalizaciones del Derecho. Derecho que se inmiscuye hasta en las relaciones más íntimas, incluidas las amorosas, con la finalidad de asegurar y generar garantías de que la otra persona, conociendo las sanciones a las que se arriesga en el caso de incumplimiento del contrato, cumple las cláusulas del mismo, lo cual, como no puede ser de otra manera, excluye la confianza.

En este sentido, Marzano concluye señalando la importancia de la dependencia en las

relaciones humanas y su vinculación con la confianza. De ahí que entienda, a partir del concepto lacaniano de *manque-à-être ontologique*, que la confianza es una de las formas de hacer viables las relaciones humanas. Así que propone fundar las relaciones humanas en una lógica del «don», lógica que, como norma general, es obviada por los economistas. Según esta lectura de la confianza, para que las relaciones humanas se fundaran en ellas, se debería dar «un salto a lo desconocido», lo que nos situaría frente a la fragilidad y riqueza de nuestra condición de humanos, es decir, frente a la vulnerabilidad. De esta manera, la confianza crearía una forma de interacción que nos posicionaría ineluctablemente frente al binomio existencial de la certidumbre e incertidumbre. Algo que, según Michela Marzano, las teorías liberales intentan anular, al suprimir la confianza, ya sea mediante los contratos, o gracias a la fe en entidades superiores, como Dios o el mercado; o mediante la búsqueda de intereses individuales, motivadas por el «amor propio» del liberalismo clásico o por la centralidad de la competencia ultraliberal.

Hero SUÁREZ RUIZ

*ATER, Institut d'Études Européennes,
Universidad Paris 8*

